

TEODORO PAPAKOSTAS

CÓMO
METER
TODA
LA ANTIGUA
GRECIA
EN UN
ASCENSOR

CONECTAR CON LA ANTIGÜEDAD
PARA RECONECTAR CONTIGO

PAIDÓS

TEODORO PAPAKOSTAS

**CÓMO
METER
TODA
LA ANTIGUA
GRECIA
EN UN
ASCENSOR**

**CONECTAR CON LA ANTIGÜEDAD
PARA RECONECTAR CONTIGO**

TRADUCCIÓN DE INMACULADA MEDINA LAPEÑA

PAIDÓS Contextos

Título original: *Χωράει όλη η αρχαιότητα στο ασανσέρ*, de Teodoro Papakostas
Originalmente publicado en Grecia por Key Books, 2021.
Esta edición se ha publicado por acuerdo con Ersilia Literary Agency a través de
International Editors and Yañez' Co.

1.^a edición, septiembre de 2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene
el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás
contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos
que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir
desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la
web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Teodoro Papakostas, 2021

© de la traducción, María Inmaculada Medina Lapeña, 2023

© de las ilustraciones del interior, Thanos Tsilis

© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Planeta, S. A., 2023
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona, España
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-4133-5

Maquetación: Realización Planeta

Depósito legal: B. 12.761-2023

Impresión y encuadernación en Liberdúplex, S. L.

Impreso en España – *Printed in Spain*



SUMARIO

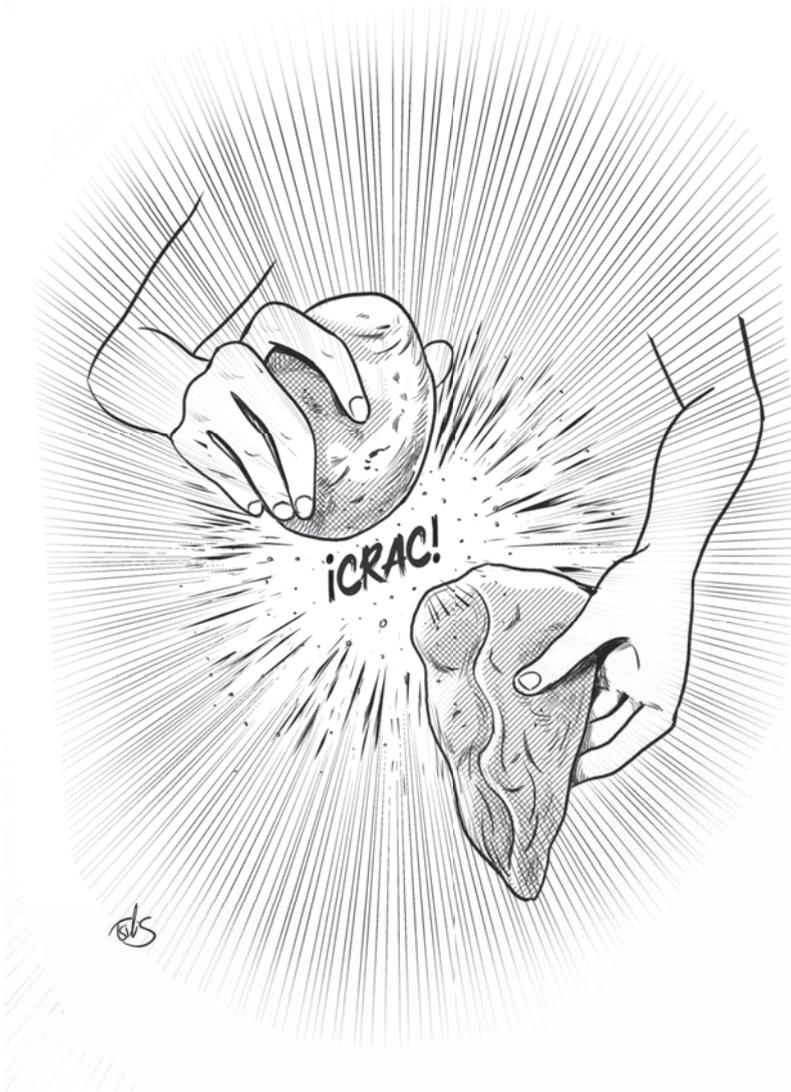
Prólogo del profesor Dimitris Plantzos	7
Nota del autor.	9
Nota de la traductora	13
Introducción.	15
1. <i>Yabba Dabba Doo</i> . La Edad de Piedra	23
Dato curioso: ¿Qué es la arqueología?	43
2. Nací en el Mediterráneo. La civilización cicládica	49
Dato curioso: ¿Quién fue el primer arqueólogo?.	60
3. Ese toro enamorado de la luna. La civilización minoica . . .	67
Dato curioso: ¿Qué quieres decir con eso de «no consiste solo en excavar»?	81
4. Abriendo puertas. La civilización micénica	85
Dato curioso: ¿Cómo se data un hallazgo?.	97
5. ¡Ay, pena, penita, pena! La Edad Oscura	101
Dato curioso: ¿Por qué hay tantas discrepancias en la comunidad científica?	111
6. Un rayo de sol. El período geométrico.	117
Dato curioso: ¿En la antigua Grecia hacían esto, lo otro y lo de más allá? Las «peores» preguntas	129
7. Quién maneja mi barca. La época arcaica	133

Dato curioso: <i>Parole, parole</i> . ¿Por qué toda esta terminología?	158
8. No nos moverán. Las guerras médicas.	163
Dato curioso: ¿Cómo han acabado sepultadas a tanta profundidad las ciudades y las antigüedades? . . .	172
9. En tu fiesta me colé. La época clásica	175
Dato curioso: ¿Cuál es el hallazgo más importante en una excavación?	211
10. <i>Voyage, voyage</i> . Alejandro Magno	215
Dato curioso: ¿Por qué la mitología es tan caótica? . . .	226
11. Viaje con nosotros. El período helenístico.	229
Dato curioso: ¿Tiene un lado oscuro la Antigüedad?	246
12. Te estoy amando locamente. La época romana	251
 Epílogo	 265
Cuadro cronológico	278

1

YABBA DABBA DOO

LA EDAD DE PIEDRA



—¡Comencemos por el principio!

—De acuerdo. —Me miró con cierto recelo—. ¿Cuál es el origen de todo?

—El amor.

—¿Cómo?

—Es una broma. Es que según la mitología griega la primera criatura que surge de la noche y del caos es Eros, el dios del amor.

—¿En serio? ¿Todo nace del amor? —Puso una sonrisa maliciosa.

—Siempre. A decir verdad, todo nace del poder y del amor.

—¡Y del dinero!

—Desde luego no existe una vestimenta mejor para el poder que el dinero.

—¿Y el amor? ¿Cómo va vestido?

—El amor, amigo mío, siempre va desnudo. Pero dejemos las cuestiones filosóficas aparte, estábamos hablando de la prehistoria.

—Pero ¿no íbas a hablarme de la antigua Grecia?

—No seas impaciente. Ya llegaremos a la época clásica y podrás resolver muchas de las dudas que tienes. La prehistoria también forma parte de la Antigüedad.

—La prehistoria. ¿Te refieres a los hombres de las cavernas, unga, unga y cosas así?

—¿Unga, unga y cosas así? Exactamente ¿cómo te imaginas al hombre prehistórico?

—Mmm, un poco... unga... un poco... cavernícola, ¡algo parecido!

—Se trata de un error bastante común que muchos solemos cometer. Tenemos la idea de que nuestros ancestros cuanto más tiempo hace que vivieron más tontos eran. Esto se debe a que, como individuos, tendemos a ver la historia como si se tratara de la línea temporal de la vida de un hombre. Además, de manera inconsciente siempre nos situamos en la etapa «adulta» de dicha vida, de modo que las generaciones anteriores representan para nosotros, de manera automática, la infancia.

—Vale, pero no me puedes negar que la humanidad ha evolucionado intelectualmente.

—Pues claro que ha evolucionado, y muchísimo. Y cada nueva generación evoluciona aún más todavía. Puede que el hombre prehistórico partiera de la nada, pero no era ningún tonto. Simplemente era distinto a nosotros. Si nuestros antepasados prehistóricos hubieran sido tontos, no hubieran sido capaces de sobrevivir. ¡Imagínate lo difícil que debía de ser cazar esos enormes cuadrúpedos salvajes para poder comer!

—¿Te refieres a los mamuts y a animales por el estilo?

—¡Y no solo a esos! ¿Te parece que los búfalos salvajes tengan pinta de dejarse atrapar fácilmente?

—Pues, ni idea, nunca he ido de caza. Como mucho, de pequeño perseguía gallinas en mi pueblo.

—Me da la impresión de que hay alguna diferencia entre las dos especies...

—Desde luego que sí... y para ser sincero, de pequeño no pillaba ni una gallina. ¿Cómo se las apañaban para atrapar semejantes bestias salvajes?

—Con la mejor arma que existe: ¡la inteligencia! Por ejemplo, tenemos referencias de épocas posteriores de que los humanos de entonces conducían las manadas de animales salvajes a través de caminos que habían preparado para conducirlos hasta un precipicio, donde los animales, presas del pánico, caían y morían. Algo similar podría haber sucedido en la prehistoria.

—¡Brillante! Por lo que parece, la naturaleza humana no ha cambiado tanto, ¿eh?

—Buah, ¡acabas de abrir un buen melón! Desde mi punto de vista no existe la naturaleza humana, sino la biología humana. Tenemos hambre, tenemos sed, orinamos, sentimos dolor y lloremos. Todo eso forma parte de nuestra biología, pero no de nuestra naturaleza. Hemos conformado nuestra naturaleza y todavía seguimos haciéndolo, tal y como te voy a demostrar ahora mismo.

—Entonces, ¿en qué se diferenciaban nuestros antepasados prehistóricos de nosotros?

—En algunos aspectos en nada; en cambio, en otros muchísimo. Lo que es indudable es que tenían una percepción distinta de las cosas. Para empezar, seguro que, al igual que nosotros, tenían emociones.

—¿Por qué lo dices tan seguro?

—Porque cuando encontramos un enterramiento del Paleolítico realizado con cuidado y delicadeza, es un buen indicador de que hubo personas que lloraron esas muertes, que estaban tristes porque alguien se había ido para siempre de sus vidas. El hombre prehistórico seguro que se preocupaba porque en pleno invierno el embarazo de una joven fuera bien. Otro se preocuparía cuando un grupo de cazadores tardara en volver... al divisar en el horizonte menos siluetas de las que se habían marchado, y estaría ansioso por distinguir si entre ellas había regresado su ser querido, seguro que le temblaban las piernas, se le aceleraba el pulso y sentía miedo. Lo que sí es cierto es que, con respecto a nosotros, todos ellos

tendrían una percepción muy diferente de sí mismos y del mundo que los rodeaba.

—¿Qué quieres decir?

—Muy sencillo, por aquel entonces no existía nada del mundo que hoy en día nos rodea. Pero nada de nada. No había tecnología, ni ciudades, ni bienes materiales, por lo que toda su visión del mundo procedía de estímulos completamente diferentes.

—Lo que estás contando es muy general y poco concreto. Además, podría llegar a interesarme por algún período histórico del que sabemos algo, pero un tiempo pasado tan remoto como la prehistoria no entiendo qué tiene que ver conmigo, ni qué interés puede suscitar...

—Porque todo comenzó en la prehistoria. Fue entonces cuando nos convertimos en humanos.

—¿Cuándo exactamente?

—Comencemos de nuevo por el principio, desde la Edad de Piedra, que se divide en Paleolítico, Mesolítico y Neolítico. ¿Has oído alguna vez estas tres palabras?

—Claro, incluso sé en qué orden van, no es muy difícil... Pero sé poco más. Bueno, también sé que son épocas muy antiguas. Pero ¿por qué se divide en tres partes la Edad de Piedra? ¿Y por qué la Edad de Piedra tiene que ser la primera? ¿O es porque había que llamarla de alguna manera?

—Sí, así de simple. Los investigadores dividieron la prehistoria en tres períodos: la Edad de Piedra, la Edad de Bronce y la Edad de Hierro.

—Ya, pero ¿por qué los llamaron así? Podrían haberles puesto cualquier otro nombre.

—¡Pues porque sí!

—¿Me estás tomando el pelo?

—Sí, un poco. Pero, bromas aparte, tenían que llamarse de alguna manera. Cuando la arqueología comenzó a realizar excavaciones, los distintos períodos de tiempo se denominaron según el ma-

terial predominante de cada época. El primero de ellos comprende un vasto período de tiempo al que llamamos la Edad de Piedra, que, a su vez, se divide, como hemos comentado, en Paleolítico, Mesolítico y Neolítico, cada uno de ellos se divide también en varios períodos.

—¡Oye! ¡Menuda terminología! No te sigo. Vuelve a comenzar por el primero.

—Es decir, por el Paleolítico. El Paleolítico abarca casi toda la existencia humana en la Tierra. Se extendió a lo largo de muchos milenios, desde el comienzo de la especie humana hasta la revolución que supuso la domesticación de los animales, la aparición de la agricultura e incluso el sedentarismo, un período relativamente reciente al que denominamos Neolítico.

—¿Así que del Paleolítico pasamos al Neolítico? ¿Y el Mesolítico?

—El Mesolítico se interpone entre los dos períodos, porque, como comprenderás, el cambio no se produjo de la noche a la mañana y, básicamente, el Mesolítico es el período de transición del Paleolítico al Neolítico.

—¿Y todo esto pasó en Grecia?

—En todo el mundo. La humanidad no comenzó en Grecia, ni siquiera en Europa, sino que comenzó en África oriental y desde allí se extendió por todo el mundo.

—¿Todo eso en el Paleolítico?

—¡Exactamente!

—Y, entonces, ¿cuándo llegaron los primeros pobladores a Grecia?

—No lo sabemos con exactitud, seguimos intentando averiguarlo. Hemos encontrado evidencias arqueológicas de los primeros humanos que vivieron en Grecia; sin embargo, no voy a liarle con todas las especies humanas de la prehistoria, porque nos meteríamos en un buen berenjenal.

—¿Has dicho especies humanas?

—Sí, nosotros mismos somos *Homo sapiens sapiens*, pero antes hubo otras especies, como el *Homo heidelbergensis* o el *Homo neanderthalensis*, conocido como neandertal, etc.

—Ah, sí, conozco a más de un neandertal —dijo, y se echó a reír.

—Sí, ¡normalmente te los encuentras al volante! Por decirlo de forma sencilla, uno de nuestros antepasados fabricó las primeras herramientas, por eso lo llamamos *Homo habilis*, que significa «hombre hábil». Después se produjo el descubrimiento del fuego. Otro de nuestros ancestros se puso de pie y comenzó a caminar como nosotros, es el llamado *Homo erectus*, que significa «hombre erguido», porque pasó de caminar a cuatro patas a caminar sobre dos, y la cosa se le fue de las manos. Además, tenemos evidencias de que el *Homo heidelbergensis*, el *neanderthalensis* y otras especies humanas pasaron por Grecia en algún momento, ya que es un lugar de paso desde el sur hacia el norte. Desconocemos en qué momento exacto una parte de los humanos abandonó África y cuándo se extendieron por el mundo. Tendremos que esperar a que investigaciones futuras puedan aportarnos más datos.

—Por lo tanto... los griegos llevan viviendo en este país desde el Paleolítico.

—¡Qué va! En realidad, es imposible saberlo. Lo que sí sabemos es que el «hombre» como tal apareció en territorio griego hace muchos centenares de años, pero desconocemos quiénes fueron los primeros pobladores. Es decir, no podemos llamarlos griegos, sino habitantes de Grecia. No tenemos ni idea de si ya se había formado un pueblo griego como tal o si tenían cierto sentimiento de pertenencia a un grupo o no. En la prehistoria no podemos hablar de pueblos.

—¿No había pueblos en la prehistoria?

—Nunca podremos saber si existieron, porque no dejaron ningún testimonio escrito ni ninguna otra prueba que nos muestre cómo se definían entre ellos, de modo que no podemos identificar ningún pueblo de la prehistoria, y el que te diga lo contrario miente.

—Pues yo leí un artículo en internet que decía que...

—En internet podemos encontrar de todo... —le interrumpí—, pero eso no significa que lo que leamos tenga una base científica sólida. Todos los intentos que se han realizado hasta ahora para clasificar distintos grupos de población en la prehistoria se han llevado a cabo por motivos «políticos» y han sido un rotundo fracaso, además de que no se ha podido demostrar nada. De hecho, la ciencia actual no los acepta. En cualquier caso, la prehistoria tiene un interés tremendo para el conjunto de la humanidad y su evolución en el planeta. Que los primeros habitantes fueran griegos, malgaches, egipcios o masáis carece de importancia. Quizá no seamos capaces de identificar a los distintos pueblos prehistóricos, pero podemos estudiar la especie humana en su conjunto y el desarrollo de su civilización.

—Bien... Tengo una duda. ¿El Paleolítico este del que me estás hablando es muy antiguo?

—Más o menos comienza hace unos 3,5 millones de años. Es el período más desconocido, el más difícil de identificar y de estudiar.

—¿Por qué?

—Tiene su lógica, ¿no? Piensa que estamos hablando de una época en la que el hombre aún no dejaba constancia de sus actos, ni de sus pensamientos. Es antes de que comenzara a realizar grandes creaciones; es más, ni siquiera tenía un hogar fijo. En aquella época todavía éramos cazadores y recolectores. Desconocíamos la agricultura, nos alimentábamos de lo que encontrábamos en los árboles y de lo que podíamos cazar. No fue una época fácil. La especie humana tuvo que sufrir muchas penurias durante cientos de miles de años. De hecho, los únicos vestigios que han sobrevivido de esa época y con los que podemos identificar al hombre del Paleolítico son las herramientas de piedra que fabricó y utilizó. El Paleolítico y toda la civilización humana comenzaron de forma muy, pero que muy elemental; ahora bien, si lo piensas detenidamente, se trata de un momento increíble.

—¿Qué quieres decir? ¿A qué momento te refieres?

—Al momento en el que nuestro primer ancestro fabricó la primera herramienta y a partir de ahí comenzó todo. Muy despacio, a un ritmo muy lento. Pero ya no había vuelta atrás, aunque, en ese preciso momento, él —o ella, claro— aparentemente fuera incapaz de comprender la dimensión de su acto.

—Espera, espera, ¿has dicho «ella»? ¿Me estás diciendo que fue la mujer la que fabricó la primera herramienta?

—¿Es que tienes constancia de que la fabricara un hombre?

—Tienes razón...

—Los hombres —es decir, los hombres y las mujeres— abandonaron la naturaleza que los rodeaba y dieron un primer paso insignificante para comenzar a crear ellos mismos su propio mundo. Fue quizá el momento más importante de nuestra evolución como especie en este planeta.

—A ver, pero ¿por qué fue tan importante ese momento?

—Pues porque es en ese instante en el que el hombre creó por primera vez algo que hasta entonces no existía. ¿Cuál es la principal diferencia entre nosotros y el resto de la fauna del planeta? Sin duda, que tenemos la capacidad de crear y de destruir. Incluso a nosotros mismos. En el momento en el que el hombre comenzó a fabricar sus propias herramientas, empezó también a modelar el mundo que lo rodeaba. Después de eso nada sería lo mismo, el cambio constante jamás se detendría ya. Durante millones de años, la vida en nuestro planeta obedeció sin rechistar y de manera sumisa a las leyes de la naturaleza, hasta que, de repente, una de las especies que había sobre el planeta decidió quebrantar el orden de la naturaleza y salir de él, para crear el suyo propio. ¡Todo comenzó con un crac!

—¿De qué crac hablas? ¿Un ruido?

—El sonido que se produjo cuando dos manos cogieron dos piedras, golpearon la una contra la otra y la piedra se partió, creando una superficie afilada. El crujido resonaría durante los siglos

posteriores. Era el sonido que la especie humana hacía cada vez que rompía las normas de la naturaleza. Esa superficie afilada iba a ser la encargada de modelar el futuro como nadie podía imaginar. ¡El milagro humano acababa de comenzar! La especie humana se extendió desde las cálidas regiones de África hasta los más recónditos lugares del planeta. El ser humano se esparció como la arena con el viento.

—¿Así comenzó la humanidad? ¿Esta teoría es generalmente aceptada?

—Si tengo que dar una respuesta a una pregunta tan filosófica como la de cuándo comenzó el hombre su viaje, esta sería mi propia «interpretación», e imagino que también la de otros. Según otras afirmaciones, la civilización humana habría comenzado cuando uno de nuestros antepasados enfadado habría lanzado palabras en vez de piedras, o cuando se realizó por primera vez un enterramiento preparado con cuidado. Todo continúa siendo un poco subjetivo, pero lo importante es que la humanidad creó la civilización y, así, logró distinguirse de otras formas de vida que había en el planeta.

—Bien. Así pues, el hombre se extendió por toda la Tierra, pero luego ¿qué pasó?

—A partir de ese momento el viaje fue —y continúa siendo— fascinante. El cambio es la única constante, algo que, sin embargo, los humanos seguimos temiendo. Cualquiera que tenga algún tipo de conocimiento sobre la presencia humana en este planeta puede sonreír ante la persistencia con la que los humanos nos engañamos a nosotros mismos, aferrándonos a la permanencia y a la estabilidad de nuestra naturaleza.

—Permíteme que no esté de acuerdo. No creo que el hombre esté sometido a un cambio constante, las cosas no cambian, siempre ha sido igual. Está en nuestra naturaleza...

—¿De qué naturaleza me estás hablando? No está en tu naturaleza ni tan siquiera comer pan, ni vestir, ni conducir, ni leer, ni vivir

en edificios, ni usar la electricidad, ni utilizar el ascensor. Y mira por dónde, estás encerrado en uno.

Me miró en silencio y se quedó pensativo.

—¿Estás afirmando que la naturaleza humana no existe?

—Por supuesto que existe, pero atañe a nuestra biología y nuestra supervivencia. Además, tenemos que respetarla porque estamos inextricablemente unidos a ella. De la misma manera, debemos respetar nuestra presencia en el planeta y el hecho de que estemos ligados a él y a los demás seres que en él habitan. Sin embargo, no debemos convertir todo esto en una excusa para encubrir nuestra manera de pensar, ya que nuestra naturaleza no delimita nuestro comportamiento, sino que somos nosotros quienes lo definimos. ¡Haberlo pensado mejor y no haber roto esa piedra, amigo! Acabas de ir más allá de tu naturaleza, la has sobrepasado. ¿Acaso no lo sabías? ¿No le preguntaste a nadie? Ahora me vas a decir que a quién se supone que debería haber preguntado ese hombre de aquella época, ¿al helecho y a los líquenes, o al mastodonte que acaba de pasar por su lado? Resulta que la mandíbula de ese humano se prestaba poco a la conversación. En fin, si nos paramos a pensarlo, el viaje de la humanidad estuvo repleto de aventuras y fue breve. Si calculamos que la Tierra como planeta tiene 4.500 millones de años y que la vida en ella comenzó hace unos 3.500 millones de años, mientras que el hombre como habitante del planeta tiene solo 3,5 millones de años, ¡hemos viajado a una velocidad vertiginosa! No nos ha dado tiempo ni a adaptarnos. Es normal que nos haya afectado psicológicamente. Menos mal que tenemos la arqueología para ayudarnos.

—¿Por? ¿Es ese el objetivo de la arqueología?

—Podríamos decir en clave de humor que la arqueología es como una sesión de psicoterapia universal y colectiva a través de la cual ahondamos en nuestro pasado para averiguar qué nos ha conducido hasta aquí y por qué somos la forma de vida más compleja del sistema solar.

—Razón no te falta. Los humanos somos unas criaturas misteriosas. De hecho, a todos nos haría falta un poco de terapia. Pero hálbame un poco más sobre el hombre del Paleolítico y qué le pareció el primer artilugio que inventó. ¿Qué pasó después?

—Pues que le gustó mucho como herramienta. Se dijo a sí mismo algo así como: «¡Qué cosa tan útil!». A continuación fabricó otra igual, y después de esta otra y otra más. Y pensó que, como estaba rodeado de gente, por qué iba a ser él el único que fabricara ese tipo de herramientas, así que muchos otros comenzaron a echar una mano. Y entonces a alguien se le ocurrió mejorarla. Así fue como comenzaron a evolucionar las primeras herramientas.

—Pero ¿por qué les damos tanta importancia a esos utensilios de piedra?

—Porque es lo que encontramos con más frecuencia en los yacimientos arqueológicos del Paleolítico: hachas de mano y otras herramientas hechas de piedra o hueso.

—¿No tenían otros materiales?

—Por supuesto que habría objetos realizados a partir de otros materiales, como puede ser la madera, pero la madera se descompone y no perdura a lo largo del tiempo. Así pues, estamos abocados a descubrir al hombre prehistórico, y en concreto al del Paleolítico, principalmente a través de los restos que han llegado hasta nosotros.

—¿Y qué más hizo el hombre durante esos primeros años?

—¡Arte, amigo mío! —exclamé. Mi repentino entusiasmo le sorprendió—. ¡Arte! Tanto si se trata de unas simples joyas, como de las más hermosas pinturas rupestres, el arte comenzó incluso antes de que el hombre aprendiera a cultivar la tierra y a construir casas. También aquí, en algún lugar cercano, hay gente que ama el arte y se gana la vida con él. Igual que los cantantes hacen hoy en día, después de dejar el micrófono, se marchan a su casa con la cabeza bien alta porque han compartido y mostrado su arte a los demás.

—¡El artista y su micrófono!

—Por lo tanto, si hoy en algún momento del día escuchas una conversación ajena en la que un *Homo sapiens* en un grupo de amigos afirma con indiferencia que «no le interesa el arte» o que «el arte carece de importancia», ten en cuenta que su antepasado de hace cientos de miles de años, vestido con pieles de animales y que vivía casi como ellos, incluso ese «unga, unga» dentro de su cueva, sintió la necesidad de crear arte. Y lo hizo, porque el arte nació a la par que la especie humana. En una época en que la humanidad no dominaba más elementos que los imprescindibles para su supervivencia, como el cultivo o la construcción de casas, ya empezó a crear arte, y más tarde empezaría a vivir y a comer... como una persona.

—Vale, hasta aquí todo entendido. ¿Y después del Paleolítico viene el Mesolítico?

—Sí, pero recuerda que hemos sido nosotros los que le hemos puesto ese nombre y que por lo tanto nos lo hemos inventado. No te me vayas a liar. A nadie le dio por organizar un cotillón de fin de era con sus amigos en una cueva y colgar carteles en los que pusiera «Feliz Mesolítico», mientras contaban los segundos, tres, dos, uno... se tomaban las uvas y se decían: «¡Adiós, Paleolítico! ¡Bienvenido, Mesolítico! Vamos a celebrarlo y a darnos besos y abrazos». La transición fue gradual, por eso la hemos definido a grandes rasgos, para poder poner un poco de orden dentro del increíble caos temporal de la prehistoria.

—Entonces, ¿por qué incluyeron el Mesolítico? ¿Qué es lo que tiene de especial?

—Poco a poco la vida comenzó a cambiar de nuevo... El Mesolítico representa el período de transición del Paleolítico al Neolítico, durante el cual todo cambiaría.

—¿Qué sucedió para que todo cambiara?

—Un lío de mucho cuidado, verás. Definimos el Neolítico como el período de nuestro planeta en el que por fin alguien se dio cuenta de que —¡eh, chicos!— la fruta cae al suelo y a continuación brota

algo de la tierra... A ver qué pasa si cojo la fruta, la meto en la tierra y la piso... Y al cabo de un rato, ¡tomaaa! ¡Ahí está su retoño! ¡Chicos, chicos, que ha salido! El hombre acaba de aprender a cultivar la tierra y a producir sus propios alimentos. No solo a producirlos, sino también a multiplicarlos. Y también ve que puede guardarlos para cuando vengan tiempos difíciles, es decir, para cuando haga mal tiempo, no encuentre nada que comer o simplemente le rujan las tripas.

—¡Ah! Me siento identificado con ellos.

—No me voy a extender mucho, pero quizá por aquel entonces se sentaron las bases de la propiedad privada y del trueque. En paralelo a la invención de la agricultura ocurrieron otros cambios decisivos, tales como... «puesto que necesitamos el campo porque nos da de comer, a lo mejor podríamos instalarnos aquí de manera definitiva; así evitaríamos tener que estar siempre de aquí para allá».

—¿Así que en el Neolítico cambió todo?

—¡Exactamente! Esa transición que dio paso al Neolítico y a la civilización, que transformó todo por completo, es el mejor argumento para quien se opone al cambio y a la transición hacia algo nuevo por el simple hecho de que «si siempre ha sido así... ¿para qué vamos a cambiarlo ahora?». A lo que podríamos responder que durante cientos de miles de años la humanidad tuvo que vivir sin tener un hogar fijo y sin saber cultivar la tierra, ni siquiera para poder llevarse un trozo de pan a la boca o un poco de aceite. ¿Te parece que estaríamos mejor si volviéramos a las cavernas? ¿Acaso nos sentiríamos allí más a gusto?

—¿Así que la gran innovación del Neolítico fue el cultivo de la tierra?

—No solo eso, al mismo tiempo se produjo la domesticación de los animales. Verás, debieron pensar algo así como: «El buey tiene fuerza y nos puede ayudar a arar la tierra, porque, al fin y al cabo, cuando se labra a más profundidad, las verduras crecen mejor. La cabra produce leche y amamanta a sus crías, ¿qué podríamos hacer

con la que sobra? La oveja tiene mucha lana y mejor pelo que nosotros, ¿no deberíamos esquilaarla?». Hasta que a algún antepasado —al que deberían adorar como a un dios en las casas de moda de París, Milán y Nueva York— se le ocurrió la gran idea de recoger la lana y hacer ropa con ella. Las buenas ideas se extienden como la pólvora. Seguramente algún ancestro que marchara lejos de su casa vería a otras personas vestidas con ropas de lana desconocidas para él hasta entonces y querría tener algo parecido. Volvería a su pueblo y harto de sus pieles de animal, las tiraría.

—Sí, pero ¡la lana pica!

—Sí, sí que pica, y seguramente también les picaría a algunos hombres del Neolítico, ¡hasta que alguien en algún momento se fijó en el algodón! —«Mira qué suave es esta cosa peluda»—. Y, por supuesto, para ser justos y decirlo bien, todo esto no tiene por qué haberse ocurrido a una sola persona en todo el planeta, sino que las mismas ideas pueden haberse dado entre personas diferentes y originado al mismo tiempo en lugares muy alejados entre sí. Por aquel entonces también se inventó la alfarería. El hombre cogió un poco de tierra, la modeló, la horneó y *voilà!*: se crearon los primeros vasos y recipientes que, de manera ininterrumpida, continúan fabricándose hasta hoy. Los vasos de barro tienen una magia increíble, puesto que no los destruye el tiempo, sino tan solo la mano del hombre.

—¿Cómo es eso posible?

—Es tierra cocida, así que, si no se toca, permanece intacta por los siglos de los siglos, lo cual es muy importante en el campo de la investigación. El hecho en sí de que haya llegado hasta nosotros cerámica, desde su creación en el Neolítico, y que, tras siglos de investigación, podamos establecer un orden cronológico y saber cuándo se fabricó cada pieza, es un regalo. La cerámica es el hallazgo arqueológico más común en las excavaciones. Además, la enorme cadena evolutiva del arte cerámico nos ayuda a fijar la época a la que pertenece cada yacimiento en el que se realiza una excavación.

Como podemos observar, en el Neolítico todo cambió para la especie humana. Y en el momento en el que ese modo de vida propio del Neolítico llegó a Grecia, todo cambió aquí también.

—Ah... pero ¿no comenzó todo aquí?

—No, no fuimos el primer lugar del mundo que adoptó el radical estilo de vida del Neolítico. En Oriente ya se daba desde el 10000 a. C., mientras que en Grecia el Neolítico comenzó en torno al año 7000 a. C. y se prolongó a lo largo de cuatro milenios. Como puedes ver, se trata de un intervalo de tiempo muy amplio y, tal y como hemos comentado antes, en constante evolución. Por eso hemos dividido este período en varias fases: Neolítico inicial, Neolítico medio, Neolítico tardío y Neolítico final.

—Me estoy quedando sin neuronas. No voy a ser capaz de recordar nada.

—Tienes razón, en verdad tampoco necesitas tantos detalles. Basta con que sepas que durante esos años el modo de vida propio del Neolítico se extendió por toda la Grecia continental y por las islas. Con el descubrimiento de la agricultura, el ser humano fue capaz de sobrevivir sin necesidad de pasar tantas penurias.

—¿Por eso adoraban a dioses como la Madre Tierra?

—Suponemos que adoraban a la Tierra como si fuera un dios, sí, y probablemente así sucediera, pero no olvides que nos encontramos en la prehistoria y que ignoramos cómo se llamaban sus dioses. Desde luego eran unos dioses bastante crueles.

—¿Por qué lo dices?

—No hay duda de que la vida y la supervivencia eran difíciles en aquella época, de modo que seguramente el hombre de entonces se imaginaría unos dioses tan duros como lo era su propia vida. Al fin y al cabo, el simple hecho de obtener alimentos mediante la agricultura requería de un esfuerzo enorme. Con toda probabilidad un agricultor se deslomaría trabajando en medio de un campo helado o se abrasaría bajo un sol de justicia, sin garantías de que la tierra fuera a producir lo suficiente, y siempre le acecharía el temor de que el

granizo o una enfermedad se lo llevaran todo por delante. Durante miles de años la gente ha padecido numerosas hambrunas, cuando la tierra no producía lo suficiente. Así que cualquier deidad responsable de todo eso, no podía dejar de ser cruel.

—¿Pero no podían haber sido un poco más compasivos esos dioses encargados de que la tierra produjese grano y los árboles diesen fruto?

—Buena observación. ¿Y por qué no las dos cosas a la vez? Había que ganarse su simpatía para que fueran benévolos con nosotros.

—Luego la humanidad les debía lealtad ¡a cambio de recibir sus favores! —exclamó, y levantó el índice para recalcar la brillante idea que acababa de tener.

—Simple, pero cierto. Esa fue, en pocas palabras, la «revolución» neolítica que se produjo de manera gradual y tranquila, pero que cambiaría la humanidad para siempre. De no haber sido por los descubrimientos que hemos mencionado, ahora no tendríamos ni harina, ni pan recién horneado en el que untarnos mermelada por la mañana para desayunar con un buen vaso de leche y unos cereales. Porque la leche y los cereales también son un invento del Neolítico, al igual que la casa donde nos los comemos. Como ves, el Neolítico fue uno de los períodos más importantes, si no el más importante, de la historia de la humanidad.

—¿Sabes qué? La prehistoria parece muy importante e interesante, pero aún desconocemos muchos detalles. Es como si los arqueólogos tuvierais muchas lagunas. Comenzáis hablando siempre con «tal vez» y «probablemente».

—No te falta razón, amigo mío, pero los vestigios y los yacimientos arqueológicos prehistóricos son tan poco frecuentes como difíciles de interpretar. Además, no debemos olvidar que todos esos sitios continuaron utilizándose en épocas posteriores. Por ejemplo, un asentamiento prehistórico abandonado, después pudo haber sido reaprovechado por los antiguos griegos, los romanos, los bi-

zantinos, los vénetos y los turcos. Durante miles de años se libraron batallas, se construyeron nuevos pueblos y ciudades y se aró la tierra. En todos esos años, cuando los nuevos habitantes encontraban cualquier clase de objeto antiguo perteneciente a un período anterior bien lo tiraban o bien lo destruían por ignorancia. Sin embargo, gracias a la perseverancia y la paciencia de los arqueólogos especializados en la prehistoria continúan apareciendo nuevos descubrimientos y yacimientos que nos aportan nuevos datos.

—¿Hay algún yacimiento del Neolítico que se pueda visitar en Grecia?

—¡Pues claro que los hay! ¡Y muchos! Pero lo que se conserva no tiene ni las dimensiones ni el esplendor de los recintos arqueológicos de época clásica como para acaparar todas las miradas. Un claro ejemplo son los yacimientos de Sesklo y Dímini en la región de Tesalia, aunque prefiero llevarte hasta la cueva de Franchthi, en el Peloponeso. Desde luego no es la única que hay, pero es un bonito ejemplo.

Enciendo mi móvil, busco el nombre en Google y le enseño una foto. No parece que le haya llamado la atención, ¡con razón! La cueva no tiene ni estalactitas ni estalagmitas, no es más que un agujero en una roca.

—¿Esta cueva es todo lo que hay?

—¡Esta cueva es una pasada! Es un caso muy particular porque fue habitada tanto en el Paleolítico como en el Mesolítico y en el Neolítico, así que nos permite observar las diferencias entre las distintas etapas y su evolución. ¿Qué más se puede pedir? En el Paleolítico vivieron en ella cazadores y recolectores que trabajaban con herramientas de piedra. Sin embargo, el primer cambio importante se produjo en el Mesolítico, ya que sus habitantes comenzaron a enterrar de manera sistemática a sus muertos, emprendieron largos viajes por mar y aprendieron a realizar la pesca masiva. Pero es en el Neolítico cuando podemos observar que sus habitantes salieron fuera de la cueva y comenzaron a construir casas de piedra, a pes-

car, a cultivar la tierra, a fabricar cerámica y hermosas figurillas de arcilla. Hasta que a finales del Neolítico se empezó a conocer el uso de los metales y, entonces, la sociedad volvió a cambiar de nuevo y esta vez ¡de una forma radical!

—¿Y cuánto duró el Neolítico?

—En Grecia duró aproximadamente desde el 7000 a. C. hasta el 3000 a. C. Después, a principios del tercer milenio antes de Cristo, surgirían las civilizaciones más desarrolladas del Egeo. Más o menos aquí termina la Edad de Piedra con sus tres períodos, y nos adentramos en la Edad de Bronce.

—¿Con otros tres períodos?

—Sí, sí, como te estaba diciendo la Edad de Bronce...

—¡Espera! No tengas tanta prisa. Lo de la Edad de Piedra me ha quedado claro, pero, antes de que continúes, tengo una pregunta: ¿qué es en realidad la arqueología?